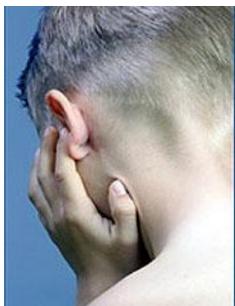


El joven de oídos abiertos

La vida no tiene retoño, el hombre solo tiene una oportunidad dentro de ella. Y cuando se es joven todo parece tan perfecto, que a veces la soberbia encuentra un espacio dentro de la jovial existencia. Dicha soberbia se manifiesta de múltiples formas, alguna de ellas, es creer que se sabe todo, que el mundo es demasiado pequeño para tomarse en cuenta y con responsabilidad.



El colegio para algunos jóvenes resulta tan complicado, tan apático que en grandes ocasiones los oídos se encuentran cerrados a una nueva experiencia, al aprendizaje, a la formación y motivación tanto de la mente como del espíritu.

Los adultos se convierten en los principales enemigos para los adolescentes cuando éstos son corregidos, los profesores se hacen ridículos con sus sermones sobre la historia y la importancia de determinadas teorías, los abuelos se retratan con un “momento” por el cual joven no va a pasar.

Ante esta realidad, que se convierte en un poco existencialista y melancólica, resulta casi impertinente hablarles a los jóvenes con metáforas, darlos consejos, corregir su comportamiento, lenguaje, e incluso mediar entre la ideología de lo mundano con el descubrimiento de un Yo, perdido en los que parecen azotes de una madurez que estropea todo.

La solución a ello, es formar jóvenes con oídos abiertos, jóvenes que sepan escuchar a la experiencia, jóvenes que deban estar al corriente de lo que actualmente significa conversar, dialogar, y con ello, distinguir el ruido de un mundo banal que no les durará eternamente.



Cuando el alcohol, la droga, la depresión, las obsesiones han sido escuchadas. Éstas ya puesto taponen a los oídos del cuerpo y del alma; la rebeldía es un boleto de ida y de vuelta al <no sé dónde>. Y durante ese tiempo, ya se han perdido amigos, familiares, escuela, profesores; cuando la cubeta de hielo cae encima de la realidad el joven que no tuvo los oídos abiertos y atentos, se encuentra atrapado en la melancolía de un espacio y de un tiempo que podrá recuperar.

Padres de familia, sacerdotes, maestros se alarman ante esta situación. Todos ellos utilizan diferentes formas para comunicarse, para orientar el camino, pero sus voces parecen irse al cañón del agua. ¿Qué se requiere para que los jóvenes abran sus oídos? Más que motivación, un encuentro que hable de la realidad, es decir los padres ante la desesperación no deben claudicar de la esperanza, su constancia y tenacidad es un elemento para quitar los tampones que de pronto invaden las curvas del oído interno; los sacerdotes como personajes valientes y emisores de una Nueva buena, nunca claudican, al contrario siempre estarán atentos con nuevas formas de lenguaje para anunciar el amor eterno de un Dios que no castiga, y que está esperando corazones jóvenes, alegres y deseosos de sentirse amados.

Los profesores además de ser facilitadores de un determinado conocimiento, deben ser insistentes, tener confianza y ser pacientes ante quienes creen saber lo que se les está diciendo, solo en la perseverancia con buena voluntad es como un joven puede ser orientado; al final de la carrera ellos –los jóvenes- sabrán si desean continuar desperdiciando un tiempo que no volverá a pasar y si toda su vida quieren tener cerrados sus oídos.

Por: María Velázquez Dorantes / mvdorantes@yahoo.com.mx